

¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza

Daron Acemoglu, James A. Robinson
Ediciones Deusto, Grupo Planeta
Barcelona-España, 2012

Por RODRIGO A. PERAZA DARIAS*

pp. 145-160

Este es un libro que ha tenido una gran repercusión en el ámbito académico, razón por la cual es citado en muchos estudios, ensayos y artículos sobre economía política y desarrollo económico comparado. Sus autores son dos profesores e investigadores que poseen una trayectoria acreditada con productos de publicación reconocidos. Daron Acemoglu (1967), de origen turco-armenio, es profesor-investigador del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT por sus siglas en inglés), en tanto que James A. Robinson (1960), de procedencia británica, se desempeña como docente-investigador de la Escuela Harris de Estudios de Políticas Públicas de la Universidad de Chicago —si bien en la oportunidad de la coautoría del libro, objeto de esta reseña, prestaba sus servicios en la Escuela de Estudios Políticos de la Universidad de Harvard—; es decir, tanto Acemoglu como Robinson laboran en la ciudad de estadounidense de Cambridge, Massachusetts.

El libro, en su edición española, consta de quince capítulos, esparcidos a través de 589 páginas; la narrativa luce en algunos momentos un tanto reiterativa, razón por la cual nos ocuparemos de detenernos en los que nos han parecido sus partes medulares; por otra parte, las reglas para las reseñas bibliográficas fijan un límite.

En el Prefacio se establece de entrada que se pretenden examinar las enormes diferencias en ingresos y nivel de vida entre los considerados países ricos, como los Estados Unidos de América (EUA), Gran Bretaña y Alemania, y los pobres, como los ubicados en el África Subsahariana, sur de Asia y América Central. Asimismo, dejan testimonio de que, durante su escritura, el Norte de África y el Oriente Próximo —Medio Oriente para quienes estamos en el Hemisferio Occidental—, han sido sacudidos por la Primavera Árabe y la llamada «Revolución de los Jazmines» de diciembre de 2010; Hosni Mubarak, hombre supuestamente fuerte de Egipto, fue derrocado al inicio de 2011, y la ola estaba en pleno

* Investigador-docente del Área de Desarrollo Económico del Cendes-UCV y profesor de la cátedra de Política Económica de la Escuela de Economía de la Universidad Central de Venezuela (UCV).
Correo-e: ropeda13@gmail.com

desenvolvimiento en Bahréin, Siria, Libia y Yemen. El denominador común en todos los países citados fue el descontento por su estado de pobreza. En el caso de Egipto, los autores adhieren la tesis de los manifestantes de la plaza Tahir de El Cairo, a saber: el país es pobre porque ha sido gobernado por una reducida elite que ha organizado la sociedad en beneficio propio, a costa de la mayor parte de la población; a ello se une la corrupción.

El caso de Inglaterra, que es un país rico, se debe a que en 1688 una revolución que transformó la política y la economía, merced a la lucha del pueblo para ampliar sus oportunidades, culminó en la revolución industrial. La estructura económica de Inglaterra cambió, mientras que la de Egipto no y, por ello, siguió siendo pobre. Los autores reconocen que, de hecho, es realmente difícil que los ciudadanos corrientes logren un verdadero poder político y cambien la forma de funcionar de la sociedad. Sin embargo, es posible, como demostrarán que sucedió en Inglaterra, Francia, EUA, Japón, Botsuana y Brasil.

El capítulo 1 «Tan cerca y, sin embargo, tan diferentes», se apoya en dos contrastes vivenciales en un lugar de América del Norte y, concretamente, en dos ciudades, separadas por una alambrada y por una frontera: Nogales de Sonora, México y Nogales de Arizona, EUA. Sin embargo, las diferencias en calidad de vida son notables y contrastantes. Del lado mexicano, esto es, al sur de la alambrada, la renta media de cualquier hogar es de alrededor una tercera parte –10.000 dólares– de la que tienen en el Nogales estadounidense o del norte de la frontera. En las evidencias, salta a la vista la calidad de la educación, de la salud, de la infraestructura física y, en general, del medio humano, de los del norte en comparación con sus vecinos. Los autores se preguntan: ¿Cómo pueden ser tan distintas las dos mitades de lo que es, esencialmente, la misma ciudad? Su respuesta es que no está en el clima, la situación geográfica, ni los tipos de enfermedades presentes en la zona, si bien las condiciones sanitarias son diferentes, porque la forma de enfrentar las enfermedades comunes lo son. Los habitantes tampoco son muy distintos, pues comparten antepasados, disfrutaban de la misma comida y hasta pareciera que disfrutaban de la misma música.

La explicación obvia de la diferencia viene determinada por la frontera que define a ambas ciudades. Los del norte tienen acceso a instituciones económicas estadounidenses, lo que les permite elegir su trabajo libremente, adquirir formación académica y profesional, y animar a sus empleadores a invertir en la mejor tecnología; lo que, a su vez, hace que ganen sueldos más elevados. Sus instituciones políticas son abiertas y participativas, con un enfoque claramente democrático, ya que pueden elegir a sus representantes y también sustituirlos cuando su comportamiento no es el esperado. Los de Nogales del sur no tienen tanta suerte: viven en un mundo distinto, moldeado por diferentes instituciones, que crean incentivos muy dispares para sus ciudadanos, para los emprendedores y para las empresas que deseen invertir allí. En consecuencia, los incentivos, creados por las distintas instituciones de

los dos Nogales y de sus correspondientes países, se constituyen en la razón principal que explica las diferencias en prosperidad económica en ambos lados de la frontera.

De seguidas, los autores en comento comparan las instituciones de EUA, que han hecho posible su condición de país rico, con las de América Latina, cuyas naciones pugnan por emerger de la pobreza con resultados poco favorables, al punto que no pudiera mencionarse alguna que calificara como rica; antes bien, las que lo fueron al principio del siglo XX, perdieron tal condición sin solución de continuidad en el corto y mediano plazo. Para ellos, la respuesta está en cómo se formaron las distintas sociedades en el inicio del período colonial. En aquel momento se produjo una divergencia institucional cuyas implicaciones aún perduran.

Para comprender dicha divergencia recomiendan empezar a observar la fundación de las colonias de Norteamérica y de América Latina. Paradójicamente, como a los primeros adelantados no les interesaba el buen aire (clima), abandonaron el lugar homónimo y siguieron al río Paraná hasta llegar y fundar La Asunción. Una cosa hay que dejar claro: tanto los primeros que llegaron a La Asunción como los ingleses que arribaron a Norteamérica no estaban interesados en cultivar la tierra por ellos mismos, sino que deseaban que lo hicieran los nativos; su interés, según Acemoglu y Robinson, «era saquear sus riquezas, oro y plata». Para ello, caracterizan a continuación las instituciones establecidas por los españoles:

- 1) *La encomienda*: forma de proveerse de mano de obra indígena.
- 2) *La mita*: sistema usado por los incas que se valían del trabajo forzado para dirigir plantaciones destinadas a proporcionar comida para los templos, la aristocracia y el ejército. A cambio, la elite inca proporcionaba seguridad y ayuda en caso de hambruna.
- 3) *Repartición de mercancías*: venta forzosa de productos a los lugareños a precios determinados por los españoles.
- 4) *Trajín o carga*: utilización de los indígenas como animales de carga.

Con las instituciones mencionadas, los españoles redujeron a los indígenas a un nivel de vida de subsistencia y lograron extraer toda la renta posible para ellos mismos. Entre las acciones ejecutadas, los autores mencionan:

- Expropiación de tierras.
- Obligación de trabajar con jornales ínfimos.
- Impuestos elevados.
- Cobro de altos precios por los productos que no se conseguían voluntariamente.

La desigualdad entre las personas de los países pobres y ricos, que hace que las primeras intenten cruzar el río Grande o el mar Mediterráneo ilegalmente para buscar mejores oportunidades y elevar su nivel de vida, provoca agravio y resentimiento, con consecuencias políticas enormes en EUA y en otros países ricos. Para Acemoglu y Robinson,

comprender por qué existen estas diferencias y qué las provoca es un objetivo central que les motivó escribir este libro. Pero aclaran que lograr comprender no es un fin en sí mismo, sino un primer paso para generar ideas sobre cómo mejorar la vida de miles de millones de personas que todavía viven en la pobreza. Por otra parte, aspiran poner de relieve que, si bien las instituciones económicas son críticas para establecer si un país es pobre o próspero, la política y las instituciones políticas determinan las instituciones económicas que tiene una determinada nación.

La teoría de los autores para explicar la desigualdad mundial señala cómo interactúan las instituciones políticas y económicas para crear pobreza o prosperidad y cómo, las distintas partes del mundo, acabaron con conjuntos de instituciones tan diferentes. Su breve revisión de la historia de las variadas zonas de América comienza a dar un sentido de las fuerzas que perfilan las instituciones políticas y económicas. La teoría que proponen no sólo trata de la economía, sino también de la política, de los efectos de las instituciones en el éxito o el fracaso de los países y, en consecuencia, en la economía de la pobreza y de la prosperidad. De la misma manera, tratan de cómo se determinan y cambian las instituciones con el tiempo y cómo no lo hacen, aunque creen pobreza y miseria para millones de personas. Por lo tanto, trata de la política de la pobreza y la prosperidad.

El capítulo 2 lleva por título «Teorías que no funcionan» y hace referencia inicial a Gran Bretaña,¹ que consideran como el primer país que experimentó un crecimiento sostenido, merced al desarrollo de la revolución industrial en la segunda mitad del siglo XVIII, basada en grandes avances tecnológicos y en su aplicación a la industria. Paulatinamente, se extendió a gran parte de Europa Occidental, a EUA y a las colonias británicas de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Más recientemente se incluirían Japón, Singapur, Corea del Sur, Taiwán y China, todos los cuales han experimentado un rápido crecimiento. Pero, paradójicamente, la mayor parte de la desigualdad del mundo apareció hacia finales del siglo XVIII, poco después de la revolución industrial.

Argentina creció rápidamente durante cinco décadas hasta 1920, convirtiéndose en uno de los países más ricos del mundo, pero después se vino cuesta abajo. La Unión Soviética es otro ejemplo notable: creció velozmente entre 1930 y 1970, y luego se desplomó hasta su desaparición.

En esta etapa primigenia de su análisis, los autores se preguntan: ¿Qué explica la clasificación persistente de la desigualdad entre las distintas zonas de Asia, África, y América? Al respecto, estiman que la mayoría de las hipótesis que han propuesto los sociólogos —las circunscriben a tres— para explicar los orígenes de la pobreza y la prosperidad simplemente no funcionan. A continuación las rebaten.

¹ Entendida como la conjunción de Inglaterra, Escocia y País de Gales a partir de 1707 (Nota del reseñador).

La hipótesis geográfica

El filósofo y político francés, Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu,² observó la concentración geográfica de la prosperidad y la pobreza, por lo que propuso una explicación según la cual, los habitantes de los climas tropicales, tendían a ser holgazanes y a no ser nada curiosos. En consecuencia, no se esforzaban en el trabajo, ni innovaban, razón por lo que eran pobres. Asimismo, afirmaba que los individuos holgazanes tendían a estar gobernados por déspotas. Por tanto, sugería que una ubicación tropical podía explicar no solamente la pobreza, sino también algunos de los fenómenos políticos asociados con el fracaso económico, como las dictaduras.

Los avances de Singapur, Malasia y Botsuana desmienten a Montesquieu y a otro distinguido exponente, el economista Jeffrey Sachs³ quien, por añadidura, hace énfasis en dos factores adicionales: el impacto de las enfermedades tropicales, que merman la productividad del trabajo, y el suelo tropical, que no permite desarrollar una agricultura productiva. Conclusión de ambos: los climas templados poseen una ventaja relativa frente a las zonas tropicales o subtropicales.

Acemoglu y Robinson destruyen el argumento que antecede trayendo a colación el caso de las dos Nogales ya referido. Lo que las separa no es el clima, ni la geografía ni las enfermedades medioambientales, sino la frontera entre EUA y México. Lo mismo puede decirse de las dos Coreas o de las dos Alemanias antes de la caída del muro de Berlín. Y en América, en el momento de la conquista por Cristóbal Colón, las zonas al sur del trópico de Cáncer y al norte del trópico de Capricornio, que en la actualidad incluyen a México, América Central, Perú y Bolivia, fueron lugares en los que se desarrollaron las grandes civilizaciones azteca e inca, en tanto que al norte y al sur de esa zona, básicamente EUA, Canadá, Argentina y Chile, la mayoría de sus habitantes estaban aún en la Edad de Piedra. Los pueblos del sur de Asia, sobre todo los de los subcontinentes India y China, eran más

² Montesquieu (1689-1755, 66 años) estudió derecho y procedía de una familia noble, pero criticó fuertemente la monarquía de su país encarnada por el rey Luis XV. Su pensamiento se enmarca en el sentido crítico de la Ilustración francesa, pero proponiendo un conocimiento más concreto, empírico, relativista y escéptico. En su obra fundamental «El Espíritu de las Leyes» —de gran influencia hasta nuestro tiempo y traducida a varios idiomas con infinidad de ediciones— plasma su teoría sociológica del gobierno y del derecho. El modelo de gobierno de la Francia de Luis XV lo identificó como «despotismo». «La República», cuya imagen tomó de la Roma republicana, era su referencia idealizada, pero se decantó por el modelo «monárquico inglés», en el cual se daba la división de poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, estableciéndose entre ellos un sistema de equilibrios, que impedía que alguno pudiera degenerar hacia el despotismo. La Revolución Francesa de 1789, la Constitución de los EUA y muchas otras han plasmado tales principios (Nota del reseñador).

³ Jeffrey Sachs (1954, 63 años) es un destacado economista de EUA, graduado con honores en la Universidad de Harvard, donde ejerció la docencia entre 1980 y 2005. Es el director del «Proyecto del Milenio» de las Naciones Unidas. Es reconocido como experto en situaciones de crisis económica graves y complejas. Ha asesorado en el siglo pasado a gobiernos de América Latina (Bolivia, Argentina y Venezuela), de Europa Oriental (Rusia y Polonia, entre otros), de Asia y de África. Ha sido muy activo en su reivindicación del pago de la deuda exterior de los países pobres (reducción o quita). Sachs ha dejado escrito en sus libros su opinión en el sentido que las naciones pobres están empantanadas en la miseria y su única salida depende de la ayuda masiva de los países ricos. Al respecto, uno de sus diversos críticos, el economista y docente de la Universidad de Nueva York, William Easterly, ha dicho con no disimulada ironía que «... lean sus elocuentes descripciones de la pobreza... pero no acepten su Gran Plan» (Nota del reseñador).

prósperos que la mayoría de los pueblos de muchas otras partes de Asia y, sin duda, más que los de Australia y Nueva Zelanda. En el África subsahariana ocurrió otro tanto con Sudáfrica como uno de los países más prósperos de esa subregión.

En cuanto al impacto de las enfermedades, para los autores es evidente que causan mucho sufrimiento y altas tasas de mortalidad infantil en África y en parte de América, pero no únicamente porque sean pobres, sino por la incapacidad de los gobiernos que no han implementado las medidas de atención sanitaria pública necesarias para erradicarlas. Como ejemplo señalan que, en el siglo XIX, Inglaterra también era un sitio muy poco saludable, pero el gobierno invirtió gradualmente en agua limpia, alcantarillado y tratamiento de las aguas residuales y, finalmente, en un servicio de salud efectivo. La mejora de la salud y de la esperanza de vida no fue la causa del éxito económico de Inglaterra, sino uno de los frutos de sus cambios políticos y económicos anteriores. Lo mismo sucede en el caso de Nogales/Arizona.

La otra parte de la hipótesis geográfica es que los trópicos son pobres porque la agricultura tropical es intrínsecamente improductiva, básicamente debido a que la tierra es fina e incapaz de mantener los nutrientes; además, se erosionan rápidamente por efecto de las lluvias torrenciales. Este argumento posee cierto mérito, pero el determinante principal del por qué la productividad agrícola⁴ es tan baja en muchos países pobres tiene poco que ver con la calidad del suelo, siendo consecuencia de la estructura de propiedad de la tierra y de los incentivos que el gobierno y las instituciones crean para los agricultores. La gran desigualdad del mundo moderno que apareció en el siglo XIX fue debida a la desigual distribución de las tecnologías industriales y la producción manufacturera, no a las divergencias de los resultados agrícolas.

Acemoglu y Robinson rematan esta parte indicando que «los factores geográficos no ayudan a explicar no solamente las diferencias que vemos en las distintas partes del mundo hoy en día, sino tampoco por qué muchos países, como Japón y China, se estancaron durante largos períodos y, posteriormente, iniciaron un rápido crecimiento. Necesitamos una teoría que sea mejor».⁵

La hipótesis de la cultura

Esta segunda hipótesis tiene, como la geográfica, un linaje distinguido, que se remonta, como mínimo, al destacado sociólogo alemán Max Weber,⁶ defensor de la reforma

⁴ La productividad agrícola, según Acemoglu y Robinson, se calcula dividiendo la producción total entre la superficie utilizada, resultando un cociente de productividad por unidad de superficie.

⁵ Libro «¿Por qué fracasan los Países?», pág. 76.

⁶ Max Weber (1864-1920, 52 años) enfrentó el materialismo histórico, que conducía al determinismo económico, con una visión más compleja de la historia y la evolución social. Para él, las estructuras económicas y la lucha de clases tienen menos importancia que otros factores de naturaleza cultural, como la mentalidad religiosa o filosófica, o incluso la ética imperante, la protestante, en la que Marx apreció el caldo de cultivo que favorecería el desarrollo del capitalismo en el norte de Europa (Nota del reseñador).

protestante —concretamente del calvinismo y su teoría de la predestinación— y su ética, que tuvieron elevada incidencia en lo que respecta a facilitar el ascenso de la sociedad industrial moderna en Europa occidental.

Acemoglu y Robinson admiten que todavía hay mucha gente que afirma que los africanos son pobres porque no poseen una buena ética del trabajo, creen en la brujería y la magia y se resisten a las nuevas tecnologías occidentales. Igualmente, otros piensan que América Latina nunca será rica porque sus habitantes son derrochadores, carecen de medios económicos y aplican el apotegma de «si lo puedo hacer mañana, ¿por qué hacerlo hoy?». Muchos de ellos también alguna vez opinaron que la cultura china y los valores del confucionismo eran perjudiciales para el desarrollo económico, aunque ahora la importancia de la ética del trabajo como motor del crecimiento en China, Hong Kong y Singapur se pregona a los cuatro vientos. Los autores se preguntan: ¿La hipótesis de la cultura es útil para comprender la desigualdad en el mundo?

Su respuesta es ambivalente: sí y no. En lo afirmativo, porque las normas sociales, que están relacionadas con la cultura, importan y pueden ser difíciles de cambiar y, en ocasiones, apoyan diferencias institucionales. En lo negativo, porque los aspectos de la cultura que suelen destacar —religión, ética nacional, valores africanos o latinos— no son importantes para comprender cómo llegamos aquí y por qué persisten las desigualdades en el mundo. Otros aspectos, cómo hasta qué punto las personas confían en sus semejantes o son capaces de cooperar, son importantes, pero sobre todo son resultados (efectos) de las instituciones; no una causa independiente. De nuevo los autores reiteran el caso de Nogales. Muchos aspectos de la cultura son los mismos de un lado y otro de la cerca; sin embargo, es probable que existan algunas diferencias notables en prácticas, normas y valores, aunque éstas no sean causa sino resultado de los dos caminos de desarrollo divergente en los dos lugares. Retoman el ejemplo de las dos Coreas, donde la del sur es una de las naciones más ricas del mundo, mientras que la del norte lucha contra las hambrunas periódicas y la pobreza extrema, aunque atemorizan fabricando armas nucleares. La península coreana, antes de la guerra (1950-1953) y posterior división en el paralelo 38, tenía una historia común y homogeneidad en el idioma, etnia y cultura. Al igual que en el caso de Nogales, lo importante es la frontera; la de las Coreas, separada por una zona desmilitarizada de cuatro kilómetros de ancho. En el norte existe un régimen distinto, que impone instituciones diferentes y crea incentivos distintos también.⁷ Por tanto, cualquier diferencia en la cultura al sur y al norte de la frontera, que corta a Nogales o a Corea en dos, no es una causa de las diferencias en la prosperidad sino, más bien, una consecuencia.

⁷ Corea del Norte posee una extensión de 120.540 kilómetros cuadrados, mientras que Corea del Sur apenas llega a los 99.720 km² (17 por ciento menos); en contraste, la del Norte tiene una población de 24,5 millones de habitantes, en tanto que la del Sur alcanza a 49, 5 millones (102 por ciento más) (Nota del reseñador).

Con respecto a África, los autores se refieren al caso del reino del Congo —en un tiempo colonia belga— y actual República Democrática del Congo, nación que mantuvo un intenso contacto con los portugueses después de la visita del marinero lusitano Diego Cao en 1483. Conocieron la rueda y el arado, pero las iniciativas fracasaron; no obstante, a medida que se intensificaron los contactos de los congoleños con los europeos, no hay señales de que los valores o la cultura africana impidieran la adopción de nuevas tecnologías y prácticas; fueron incentivos del mercado, es decir, la captura y exportación de esclavos. Posteriormente, en el siglo XIX, muchas sociedades africanas también aprovecharon las oportunidades económicas crecientes creadas por la revolución industrial y cambiaron sus modelos de producción. En África Occidental se produjo un rápido desarrollo económico basado en la explotación de aceite de palma y maní. Sin embargo, estas experiencias económicas prometedoras fueron destruidas no por la cultura africana ni por la incapacidad de sus habitantes, sino por el colonialismo europeo y por los gobiernos africanos, que se instauraron después de la independencia.

Para Acemoglu y Robinson, la verdadera razón de que los congoleños no adoptaran una tecnología superior fue que carecían de incentivos para hacerlo. Enfrentaban a un alto riesgo de que su producción fuera expropiada y gravada con impuestos para el todopoderoso rey. Muchos congoleños eran capturados y vendidos como esclavos. Un entorno como éste, difícilmente animaba a invertir para aumentar la productividad a largo plazo. Tampoco el rey tenía incentivos para que se adoptara el arado a gran escala ni para hacer que su prioridad fuera aumentar la productividad agrícola, ya que la exportación de esclavos le era muchísimo más rentable.

En este punto de su razonamiento se preguntan los autores: ¿Y la ética calvinista de Max Weber? Se responde que, realmente, hay poca relación entre la religión y el éxito económico. Francia e Italia, predominantemente católicas, copiaron rápidamente los resultados de ingleses y holandeses. En Asia del este, ninguno de los éxitos económicos está relacionado con algún tipo de religión cristiana. En Oriente Medio, mayoritariamente islámico, los países son muy pobres, con excepción de los que poseen petróleo temporalmente en disfrute de una renta producto de la lotería geológica, que poco se comparte con el pueblo, entendido como la totalidad de habitantes. Estos países, como Arabia Saudita y Kuwait, no han logrado crear economías modernas diversificadas. Los países del Medio Oriente, liberados del dominio otomano y europeo, instituyeron regímenes políticos jerárquicos y autoritarios, con pocas instituciones políticas y económicas. En general, la relación entre la religión islámica y la pobreza en esa región carece de validez.

La hipótesis de la ignorancia

La tercera y última hipótesis, a juicio de Acemoglu y Robinson, pudiera basarse en el aserto: «nosotros o nuestros gobernantes no sabemos cómo hacer que un país sea rico»; muchos

conocidos economistas la apoyan, entre ellos, Lionel Robbins,⁸ suplementado por el calificado como primer teorema de la economía del bienestar, que identifica las circunstancias bajo las cuales la asignación de recursos en una economía de mercado es socialmente deseable. En esta economía, a tenor de la doctrina clásica, deben darse cinco condiciones, a saber:

- 1) Libertad para oferentes y demandantes, esto es, mercados competitivos.
- 2) Propiedad privada de los medios de producción.
- 3) Mínima intervención del gobierno: «dejar hacer y dejar pasar».
- 4) La presencia alegórica de «la mano invisible» o autocorrección.
- 5) Libertad de precios.

Cuando las cinco condiciones no están presentes existe lo que se conoce en economía como «un fallo de mercado», a partir del cual los partidarios de esta hipótesis desarrollan su teoría de la desigualdad del mundo, ya que los países que acumulan más fallos están destinados a ser más pobres; la razón de la incapacidad para eliminar dichos fallos la achacan a los economistas y diseñadores de políticas que, o bien no saben cómo suprimirlos o se han guiado por consejos que han fracasado en el pasado. Por tanto, las naciones ricas lo serían porque han aplicado mejores políticas y han hecho desaparecer con éxito los fallos del mercado.

De seguidas, Acemoglu y Robinson se preguntan si la hipótesis de la ignorancia podría explicar la desigualdad en el mundo. Su respuesta es que, en el mejor de los casos, explicaría solo una parte pequeña de esa desigualdad. Como prueba de ello, examinan los casos de Ghana, México y, por contraste, EUA, concluyendo que «el obstáculo principal para la adopción de políticas que reducirían los fallos del mercado y fomentarían el crecimiento económico no es la ignorancia de los políticos, sino los incentivos y los límites a los que se enfrentan desde las instituciones políticas y económicas de sus sociedades».⁹ Los ejemplos demostrativos son México y Perú en comparación contrastado con EUA e Inglaterra; los dos primeros por adoptar instituciones y políticas que empobrecieron a la mayor parte de sus ciudadanos, y los segundos por hacer lo contrario.

Es de señalada importancia la referencia de los autores al caso de China, que para ellos es uno de los países que cambió las políticas económicas, que habían condenado a la pobreza y al hambre a millones de personas, por otras que presumiblemente fomentaban

⁸ Lionel Robbins (1898-1984, 86 años), según el Diccionario de Economía y Finanzas de Ramón Tamames y Santiago Gallego, fue un distinguido economista británico ennoblecido con el título de Barón de Robbins of Clare Market, autor de uno de los libros más conocidos de metodología económica, el «Ensayo sobre la naturaleza y el significado de la ciencia económica» en el que ratifica la definición clásica de esta como «ciencia que estudia la conducta humana en cuanto a relaciones entre fines y medios escasos, susceptibles de usos alternativos» (pág. 388) (Nota del reseñador).

⁹ Libro «¿Por qué fracasan los países?», pág. 84.

el crecimiento económico. Sin embargo, esto ocurrió a pesar de que el Partido Comunista Chino mantuvo su posición en torno a la propiedad colectiva de la tierra agrícola y de la industria, la cual era altamente desincentivadora. Fue la emergencia y reivindicación como líder de Deng Xiaoping¹⁰ y sus partidarios, con objetivos políticos e intereses distintos, quienes planearon y lograron llevar a la práctica una especie de revolución política, la cual también afectó la dirección del partido. La revolución se extendió a la agricultura y la industria, vía creación de incentivos de mercado.

Según la apreciación de este reseñador, el capítulo 3, bajo el título «La Creación de la Prosperidad y la Pobreza», contiene la base conceptual de Acemoglu y Robinson que explica su teoría, por lo que se sugiere leerlo con detenimiento; nuestro resumen adopta una modalidad explicativa para algunos un tanto extensa. Los capítulos que siguen al 3 conforman un bloque de evidencias, que debemos mirar muy brevemente por la consabida limitación de las normas de la publicación.

La economía del paralelo 38

En esta sección los autores comparan la evolución económica de las dos Coreas: una, la del Sur, cuyo nombre oficial es «República de Corea», próspera, con gobiernos alternativamente autoritarios o democráticos, pero donde las instituciones económicas fomentaron el comercio y la inversión, y priorizaron la educación, la exportación y la transferencia de tecnología. La República de Corea se convirtió en uno de los países con crecimiento más rápido del mundo. Entre tanto, la Corea del Norte, con la eufemísticamente denominación de «República Popular Democrática de Corea», se cerró dentro de sí misma y su nivel de vida, parecido al de un país subsahariano, es alrededor de la décima parte del que disfrutaban los ciudadanos de la Corea del Sur. La brecha entre ambas es notable. Lo que ha ocurrido es que, después de 1948, los distintos gobiernos de uno y otro lado del paralelo 38 adoptaron maneras muy diferentes de organizar sus economías, si bien no eran democráticas sino autoritarias.

El desastre económico de Corea del Norte, que condujo a la muerte por inanición de millones de personas, frente al éxito económico de Corea del Sur, resulta increíble; ni la cultura, ni la geografía ni la ignorancia pueden explicar los caminos divergentes que tomaron ambos países. La clave está en el desarrollo de las instituciones, que examinaremos a continuación.

¹⁰ «No importa que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones», frase con la que Deng Xiaoping (1904-1997, 93 años) visualizó el fracaso del «Gran Salto Adelante» de Mao. Este lo deportó y lo puso a trabajar como obrero de una fábrica de tractores durante la mal llamada «Revolución Cultural». Lo reivindicaron en 1975 y se hizo hombre fuerte de China en 1977, iniciando una política de grandes reformas bajo el lema de las «cuatro modernizaciones»: agrícola, industrial, científico-tecnológica y de defensa. Liberalizó la economía china para la iniciativa privada y la inversión extranjera, más no la política, ya que siguió la dictadura de partido único, la restricción de las libertades y la represión de los disidentes. Fue tristemente responsable de la matanza en la plaza de Tiananmen en 1989 (Nota del reseñador).

Instituciones económicas extractivas e inclusivas

Para Acemoglu y Robinson, el éxito económico de los países depende del desarrollo de sus instituciones, de las reglas que influyen en cómo funciona la economía y de los incentivos que motivan a las personas. Aportan una comparación acerca de lo que esperan de la vida los adolescentes del Norte y los del Sur de Corea. Los primeros crecen en la pobreza, sin iniciativa empresarial ni creatividad; sin una educación que les prepare para el trabajo cualificado; su tránsito por la escuela está marcado por la atosigante propaganda política en apoyo al régimen dinástico comunista. Existen pocos libros y ninguna computadora. El servicio militar es obligatorio. Los ciudadanos, así formados, saben que no podrán ser propietarios, ni crear una empresa, ni ser más prósperos; no tendrán acceso a los mercados para comprar los productos que necesitan y desean. Menos aún tienen alguna idea del tipo de derechos humanos que les conciernen.

Los adolescentes de Corea del Sur reciben una buena educación y tienen incentivos que los animan a esforzarse y a destacar en la profesión elegida. Esta nación —más reducida en extensión, pero que dobla al Norte en población— ha adoptado el sistema de economía de mercado y de propiedad privada como pilares fundamentales. Los adolescentes del Sur saben que si tienen éxito como emprendedores o trabajadores, en algún momento podrán, con los ahorros que su esfuerzo les ha proporcionado, mejorar su nivel de vida.

Los autores aportan otros casos de similar contraste a los descritos con anterioridad, lo que les lleva a afirmar que el éxito económico de los países difiere debido a tres factores principales: a) las diferencias entre sus instituciones; b) las reglas que influyen en cómo funciona la economía; y c) los incentivos que motivan a las personas. Para ellos, las instituciones económicas de Corea del Sur, en virtud de su condición de libertad empresarial, contractual, movilización de las personas y de libre cambio, reúnen los requisitos para ser consideradas «instituciones económicas inclusivas»; en EUA ocurre otro tanto. Añaden que para ser inclusivas, las instituciones económicas deben fomentar dicha actividad y promover el aumento progresivo y sostenible de la productividad y de la prosperidad, dentro de un marco en el cual el derecho a la propiedad privada es crucial y que la mayoría de los ciudadanos pueda disfrutar de todas estas prerrogativas. En el caso contrario, están los habitantes de Corea del Norte, por lo que el modelo encuadra en la categoría de «instituciones económicas extractivas». Aportan otros ejemplos como el de Barbados y el de la América Latina colonial, con instituciones como la encomienda, la mita y el repartimiento, y una definición: «Son instituciones económicas extractivas aquellas que poseen propiedades opuestas a las instituciones inclusivas. Son extractivas porque tienen como objetivo capturar rentas y riquezas de un subconjunto de la sociedad para beneficiar a un subconjunto distinto».¹¹ Por ello,

¹¹ Libro «¿Por qué fracasan los países?», pág. 98.

las instituciones económicas inclusivas actúan como motores de prosperidad. Los autores suministran casos en los que muchas instituciones económicas no cumplen estos objetivos.

Instituciones políticas extractivas e inclusivas

Las instituciones económicas están indefectiblemente determinadas por el sistema político y este viene dado por la sociedad en los países democráticos; en otros, como en los sujetos a la ideología comunista o nazi, son impuestas por una élite. Acemoglu y Robinson definen la política y precisan su alcance así:

...el proceso mediante el cual una sociedad elige las reglas que la gobernarán. La política acompaña a las instituciones por la sencilla razón de que, aunque las instituciones económicas pueden ser buenas para la prosperidad económica de un país, algunas personas o grupos, como la élite del Partido Comunista de Corea del Norte o los propietarios de plantaciones de caña de azúcar en la Barbados colonial, estarán mucho mejor estableciendo instituciones que sean extractivas. Cuando hay conflictos sobre las instituciones, lo que suceda dependerá de qué personas o grupos ganen en el juego político: quién puede conseguir más apoyo, obtener recursos adicionales y formar alianzas más efectivas.¹²

Ello quiere decir que el ganador depende de la distribución del poder político en la sociedad, de lo que se infiere que las instituciones políticas son un elemento determinante del resultado de este juego.

Si el reparto del poder es restrictivo o si las instituciones de la sociedad son absolutistas, quienes ejerzan ese poder tenderán a establecer instituciones económicas para enriquecerse y aumentar su poder a costa de la sociedad. En cambio, las instituciones políticas que reparten el poder en la sociedad y lo limitan son pluralistas, existiendo una estrecha relación entre estas y las instituciones económicas inclusivas. Pero la clave para comprender por qué Corea del Sur y Estados Unidos tienen instituciones económicas inclusivas incluye, además, que ambos son estados poderosos y suficientemente centralizados. Los autores lo contrastan con el caso de Somalia. Al efecto, los autores recurren nuevamente a Max Weber y su famosa definición de Estado, a saber: «monopolio de la violencia legítima». De seguidas ensayan una definición de instituciones políticas inclusivas: «aquellas que están suficientemente centralizadas y que son pluralistas. Cuando falle alguna de estas condiciones, nos referiremos a ellas como instituciones políticas extractivas».¹³

¹² Ob.Cit. pág. 102.

¹³ Ob.Cit. pág. 103

¿Por qué no elegir siempre la prosperidad?

A juicio de los autores, las instituciones políticas y económicas que son elegidas por la sociedad pueden ser inclusivas y promover el crecimiento económico, o extractivas para obstruirlo. Ello significa que la elección de las instituciones por parte de los ciudadanos, esto es, su política, es crucial para el intento de comprender las razones del éxito y el fracaso de los países. A lo largo de la historia, una gran mayoría de naciones ha sido, y todavía lo es, capturada por instituciones extractivas y una minoría ha evolucionado hacia instituciones inclusivas, que conducen hacia la senda del crecimiento y del desarrollo económico. Y aunque luce obvio que todo el mundo, incluso hasta un dictador depredador, debería estar interesado en crear instituciones económicas que apunten a la prosperidad, se apoyan en el caso del Congo y su recorrido inicial como país independiente con Mobutu como líder —quien creó un conjunto extraordinariamente extractivo de instituciones económicas—, para responder con pesimismo que, por desgracia para los ciudadanos de muchos países, las instituciones económicas que crean incentivos para el progreso económico también pueden redistribuir simultáneamente la renta y el poder, de forma que el dictador depredador y sus subordinados con poder político empeorarían su situación.

El problema fundamental es que obligatoriamente habrá disputas y conflictos sobre el tipo de instituciones económicas que una sociedad se debe procurar, de donde surgirán ganadores y perdedores. Así ocurrió durante la revolución industrial de Inglaterra, que se centró en una serie de cambios tecnológicos pioneros en los campos de la energía de vapor, el transporte y la producción textil. Muchos se opusieron, no por ignorancia, sino por todo lo contrario; sin embargo, el proceso continuó y condujo a un incremento significativo de la renta total y, en última instancia, se convirtió en la base de la sociedad industrial moderna. El crecimiento económico y el cambio tecnológico están acompañados de lo que Joseph A. Schumpeter¹⁴ denominó «destrucción creativa», que sencillamente es sustituir lo viejo por lo nuevo.

La historia europea nos da ejemplos reales de las consecuencias de la destrucción creativa. Entre los perdedores de la industrialización estaban los aristócratas, los artesanos, agrupados en el movimiento de los «luditas», quienes en términos actuales se podrían asimilar a aquellos que se resisten al cambio tecnológico y, sobre todo, por su poder, los terratenientes y los grupos poderosos; estos últimos suelen oponer resistencia al poder económico y a los motores de la prosperidad. Acemoglu y Robinson opinan que:

¹⁴ Joseph Alois Schumpeter (1883-1950), economista austriaco, que ejerció la docencia en Viena y luego en Harvard, pensaba que el factor fundamental en el cambio económico es el empresario innovador, entendiendo que el ciclo económico resulta perfectamente normal. Se opuso a las teorías de otro gran economista, el británico John Maynard Keynes, sobre todo por las consecuencias del intervencionismo del Estado en la economía. La obra maestra de Schumpeter es su "Historia del Análisis Económico". En sus últimos años se mostró pesimista sobre las posibilidades del capitalismo (Diccionario de Economía y Finanzas, pág. 394).

El crecimiento no es solamente un proceso de más y mejores máquinas, y de más y mejores personas con estudios, sino también es un proceso transformador y desestabilizador asociado con una destrucción creativa generalizada. Por lo tanto, el movimiento solamente avanza si no queda bloqueado por los perdedores económicos, que prevén que perderán sus privilegios económicos, y por los perdedores políticos, que temen que erosione su poder político.¹⁵

La tesis central de los autores del libro en comentario es que:

El desarrollo y la prosperidad económica están asociados con las instituciones económicas y políticas inclusivas, mientras que las instituciones extractivas normalmente conducen al estancamiento y la pobreza... Cuando el desarrollo llega con instituciones políticas extractivas, pero en lugares en los que las instituciones económicas tienen aspectos inclusivos, como el caso de Corea del Sur, siempre existe el peligro de que las instituciones económicas se vuelvan más extractivas y se detenga el crecimiento.¹⁶

Sin embargo, ello no significa que las instituciones extractivas no generen crecimiento ni que todas hayan surgido de forma similar. Al respecto, aportan dos razones distintas, pero complementarias, por las cuales podría haber «desarrollo económico» —encomillado del reseñador, pues por el contexto se deben referir al crecimiento— bajo instituciones políticas extractivas: primero, cuando las élites pueden asignar recursos directamente a actividades de alta productividad que controlan personalmente, como en la Unión Soviética y, segundo, cuando se permite el desarrollo de instituciones económicas inclusivas de forma limitada e incompleta, como la Corea del Sur del general Park y el desarrollo económico de China. El problema está en que, si no logran la transición hacia instituciones políticas inclusivas, las posibilidades de que el crecimiento económico conduzca a un desarrollo económico sostenido son muy bajas y, menos aún, acompañado de una destrucción creativa y del cambio tecnológico.

En el capítulo 4, «Pequeñas diferencias y coyunturas críticas: el peso de la historia», los autores examinan los efectos en el mundo de la peste negra a partir de la segunda mitad del siglo XIV, que se llevó a una gran proporción de la población, considerando que,

... es un ejemplo claro de una coyuntura crítica, un gran acontecimiento o una confluencia de factores que trastorna el equilibrio económico o político existente en la sociedad... El hecho de comprender cómo la historia y las coyunturas críticas perfilan el camino de las instituciones económicas y políticas nos permite tener una teoría más completa de los orígenes de las diferencias en pobreza y prosperidad. Y además, nos permite explicar la

¹⁵ Libro «¿Por qué fracasan los países?», pág. 119

¹⁶ Ob.Cit. págs. 119-120.

situación actual y por qué algunos países hacen la transición a instituciones económicas y políticas inclusivas, y otros no.¹⁷

Al concluir este capítulo, Acemoglu y Robinson reiteran que han puesto en evidencia que las teorías basadas en la geografía, la cultura y la ignorancia no explican la situación que vive el mundo actual, mientras que su «teoría institucional» sí lo hace. Precisamente, esta será la tarea que ellos se proponen en los capítulos restantes, mediante el detalle e ilustración de su funcionamiento, que abarca desde el origen de la revolución neolítica hasta el desmoronamiento de varias civilizaciones.

A título meramente enunciativo, analizan cómo y por qué se dieron los pasos decisivos hacia instituciones políticas inclusivas durante la Revolución Gloriosa en Inglaterra; cómo determinadas áreas consiguieron transformar sus instituciones en una dirección más inclusiva en Francia y Japón, o qué impidió el establecimiento de instituciones extractivas en EUA y Australia. Finalmente, examinan cómo el fracaso actual de los países está fuertemente influido por sus respectivas historias institucionales y una parte del asesoramiento en materia política suele ser engañoso al partir de hipótesis incorrectas. Pero, «los países todavía pueden controlar coyunturas críticas y romper el molde para reformar sus instituciones y embarcarse en un camino que los conduzca a una mayor prosperidad».¹⁸

En el capítulo 11, titulado «El círculo virtuoso», que definen los autores como «un proceso potente de retroalimentación positiva que protege a las instituciones políticas y económicas inclusivas frente a los intentos de socavarlas»,¹⁹ aparece una primera referencia a Venezuela para indicar que en la década de 1990, el presidente Chávez, al igual que el presidente Fujimori del Perú, apeló a su mandato popular para cerrar unos congresos poco cooperativos, proponer y lograr aprobar una nueva constituyente que reforzaba los poderes del primer mandatario nacional, lo que no hizo Roosevelt que tenía al Congreso en contra en la ocasión de la Gran Depresión, evitando la confrontación altamente riesgosa con el poder de los círculos virtuosos.

En el capítulo 13 «Por qué fracasan los países hoy en día», la mención a Venezuela aparece en el contexto siguiente:

El hecho de que las elecciones no hayan conllevado instituciones políticas y económicas inclusivas es el caso habitual en América Latina. ..En Venezuela, hoy en día, como en Argentina, el gobierno de Hugo Chávez, elegido democráticamente, ataca a sus adversarios, los echa de puestos de trabajo en el sector público, cierra periódicos si no le gustan

¹⁷ Ob.Cit. pág. 127.

¹⁸ Ob.Cit. pág. 151.

¹⁹ Ob.Cit. pág. 362.

sus editoriales y expropiación de bienes. En cualquier caso, Chávez es mucho más poderoso y tiene menos límites que sir Robert Walpole en la Gran Bretaña del siglo XVIII cuando fue incapaz de condenar a John Huntridge bajo la Ley negra. A Huntridge le hubiera ido mucho peor en la Venezuela o la Argentina actuales (se refiere a 2012).²⁰

Pero la alusión al régimen chavista sigue y por la significación de lo que Acemoglu y Robinson subrayan, el reseñador se toma la licencia de insertar una extensa cita textual, a saber:

La democracia que emerge en América Latina, en principio, es diametralmente opuesta al gobierno de la élite y, en retórica y acción, intenta repartir derechos y oportunidades como mínimo de un segmento de la elite, pero sus raíces están firmemente ancladas en regímenes extractivos en dos sentidos. Primero, las desigualdades persistentes durante regímenes extractivos que hacen que los votantes de nuevas generaciones emergentes voten a favor de políticos que tienen políticas extremas. No se trata de que los argentinos sean ingenuos y piensen que Juan Perón o políticos peronistas más reciente como Menem o los Kirchner son altruistas y defienden sus intereses, o que los venezolanos vean su salvación en Hugo Chávez, sino que muchos argentinos y venezolanos reconocen que todos los demás políticos y partidos durante tanto tiempo no les han dado voz, no han proporcionado los servicios públicos más básicos, como carreteras y educación, ni los han protegido de la explotación por parte de las élites locales. Hoy en día, muchos venezolanos apoyan las políticas que adopta Chávez aunque vengan acompañadas de corrupción y derroche del mismo modo que muchos argentinos apoyaron las políticas de Perón en los cuarenta y los setenta. Segundo, de nuevo, son las instituciones extractivas subyacentes las que hacen que la política sea tan atractiva y tan parcial a favor de hombres fuertes como Perón y Chávez, en lugar de ser un sistema de partidos efectivo que produzca alternativas deseables desde el punto de vista social. Perón y Chávez y docenas de otros hombres fuertes de América Latina son solamente una faceta más de la ley de hierro de la oligarquía y, como sugiere su nombre, las raíces de esta ley de hierro se encuentran en los regímenes subyacentes controlados por la élite.²¹

Por último, destacamos que China merece a los autores en comentario un amplio análisis del que infieren y vaticinan que es poco probable que se traduzca en un desarrollo económico sostenido. En el contexto de su teoría, reconocen que este país ha sido capaz de crecer porque, bajo Deng Xiaoping, se han producido reformas radicales lejos de las instituciones económicas más extractivas y hacia las más inclusivas. Donde no han avanzado ha sido en el cambio de las instituciones políticas, por lo que China es un ejemplo de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas.

²⁰ Ob.Cit. pág. 452.

²¹ Ob.Cit. pág. 452-453.